

Algunas puntuaciones sobre el «Modelo Dialéctico del Signo» de J. Samaja

Roxana Ynoub
(UBA-UNLa-UNLP-UNNE
roxanaynoub@gmail.com)

1. Fundamentos del Modelo

“Admito sin ambages, que existe una manía no poco común por las tricotomías. No sé si los psiquiatras le han dado un nombre. Si no lo han hecho, deberían hacerlo..., podrían llamarla triadomanía. No estoy tan afectado por ella; pero me veo obligado por amor a la verdad a hacer un número tan elevado de tricotomías, que no me extrañaría que mis lectores, en particular aquellos que están dándose cuenta de lo común de la enfermedad, sospecharan, o llegaran a ser de la opinión, que soy víctima de ella... No tengo ninguna predilección esencial por las tricotomías en general”. (1.568-569). (Citado por Th. Sebeok en One, two, three... Uberty, en U. Eco y Th. Sebeok, eds.), *El signo de los tres*. Barcelona: Lumen, 1989.)

No fue Peirce el primero en sufrir de esta “manía por las tricotomías”. Sin lugar a dudas ella constituye el sello distintivo de toda la tradición filosófica dialéctica; aunque probablemente haya sido G. W. F. Hegel el que la llevó al paroxismo. Efectivamente en cada una de las obras del pensador alemán —desde la *Fenomenología del Espíritu*, hasta su *Filosofía del Derecho*, pasando por la *Ciencia de la Lógica*— se encuentra un minucioso y hasta obsesivo desenvolvimiento tricotómico de categorías que engendran —por medio de un peculiar movimiento *analítico-sintético*— nuevas categorías. Nada se deriva allí de la nada, nada se postula sino es por efecto de ese movimiento de engendramiento.

El pensamiento de Samaja está profundamente improntado por esta tradición dialéctica. Se puede reconocer ese mismo “ritmo trinitario” en cada asunto que abordó. Y fue sin duda la dialéctica hegeliana un norte en todo su desarrollo y producción intelectual. Por las mismas razones, la semiótica no constituyó un mero asunto más en su obra. Encontró allí el terreno idóneo para dar nuevos fundamentos y reactualizar en alguna medida, aquellas tradiciones clásicas. Los trabajos de Peirce constituyeron, desde ese marco, uno de sus referentes más importantes para orientar esa empresa —en tanto el mismo Peirce estaba imbuido y consustanciado con ellas —por vía de Kant¹ en primer término, y por el mismo Hegel, en segundo lugar, pese a las pocas referencias que explícitamente hace sobre su persona en sus escritos.

¹Ubicar a I. Kant como un representante de la dialéctica puede llevar a equívocos. Sin embargo, es en él en el que abrevia el propio Hegel. Su tarea, según sus propias definiciones, consistió en expandir y sistematizar el tratamiento categorial tricotómico que Kant había reducido a doce términos, en su deducción trascendental de juicios y categorías (Hegel, 1968). En un trabajo dedicado a examinar desde la perspectiva kantiana hegeliana la “*Nueva lista de las categorías*” de Peirce, Samaja ofrece un detallado análisis en el que pone en correspondencia el tratamiento (proto?) dialéctico de Kant con el de Hegel (cfr. Samaja, 2008).

Sin embargo, si bien el pensamiento peirceano constituyó un articulador muy central en el desarrollo de la obra de Samaja; no hizo ni una exégesis de ella ni una mera aplicación de la misma. Se sirvió de algunas —o muchas— de sus ideas, para desplegar sus propios modelos y su propia concepción semiótica-epistemológica². Por esas mismas razones, el modelo del signo que vamos a analizar seguidamente, no presenta correspondencias muy directas con las versiones del signo del propio Peirce, aunque, según creemos y pretenderemos demostrar, está profundamente influenciado por esa concepción semiótica.

2. Los componentes y alcances del Modelo Dialéctico del Signo (MDS).

Como Peirce, Samaja encuentra una vinculación consustancial entre lógica, semiótica, ontología y epistemología. La *semiosis* constituye para él una dimensión del orden real. De modo tal que su propuesta del signo dialéctico está íntimamente vinculada a la comprensión de los procesos productivos y reproductivos de cualquier región ontológica que se considere —las que desbordan con mucho, por lo tanto, el estricto campo de la semiosis humana.

En cuanto a las fuentes que lo nutren, se pueden reconocer a los más importantes referentes del campo semiótico y semiológico, en primer lugar, a Charles Peirce —como ya lo indicamos— pero también a Ferdinand Saussure, y a los más encumbrados epígonos de uno y otro de estos fundadores: Louis Hjelmslev, Charles Morris, Umberto Eco, Otto Apel, Algerias Greimás, Emile Benveniste —por citar algunos de los más reconocidos.

Su punto de partida resulta de la revisión de los componentes del signo propuesta en las versiones de varios de los citados referentes —desde los cinco o seis que postula Morris, a los seis o siete componentes que se desprenden de la versión del signo de Hjelmslev—. De cualquiera manera, el asunto fundamental en esta revisión estriba en poner cuestión la consagrada oposición entre el supuesto binarismo de Saussure y el triadismo de Peirce.

Según Samaja se pueden reconocer en ambos, versiones binarias o triádicas, según cómo se los considere. Para postular finalmente que, pese a ello, tanto en Peirce como en Saussure, el núcleo fundamental de su propuesta es eminentemente triádico. Por razones de espacio no vamos a desplegar aquí ni la fundamentación acabada de estos postulados, ni las demostraciones concretas en que se basan³. Lo que podemos señalar es que, contra la opinión dominante, sostendrá que “en la célebre fórmula saussureana, «S/s» hay tres componentes y no dos: 1) “S” —el significante—; 2) “s” —el significado—; y 3 “/” —la barra que une al significante con el significado, es decir, la Lengua, como sistema de funciones lingüísticas, sin la cual no habría ninguna conexión entre los dos elementos” (Samaja 2006: 130).

A partir de ello, el desarrollo se despliega según dos premisas importantes, que tienen su fundamento en la concepción ontológica que cultiva Samaja. Por una parte, la distinción entre lo que denominará la *estática*, la *dinámica* y la *epigénética del signo*; y por la otra, la adopción desde el modelo de Hjelmslev (1984) de la noción de “función

²Probablemente esta vocación de re-creación del maestro, sea uno de los puntos que comparten los modelos del signo que estamos procurando comparar —el del nonágono semiótico, y el modelo dialéctico del signo—. En cada caso se advierte una misma pretensión de actualización, ampliación y reinterpretación de la obra fundacional. Lo que no es poco, considerando que se trata de producciones intelectuales gestada desde la “periferia”.

³Advertimos simplemente que no es sólo Samaja el que reconoce esta convergencia entre los modelos que fundan la semiótica contemporánea. El propio Umberto Eco (1994) también lo hace.

de signo”. Considera que este concepto integra o sintetiza, tanto a la «barra» que separa al significado del significante en Saussure, como a la operación de traspaso que expresa el interpretante en Peirce; con el importante agregado de visibilizar y diferenciar la *función* de los componentes que articula.

Por otra parte, el modelo de Hjelmslev distingue en torno a dicha función de signo”, lo que denominará “funtivos”, equivalentes al significante/significado de Saussure, pero designados por Hjelmslev como *plano de la expresión/plano del contenido*, y para cada uno de ellos tres estratos, que conforman las “formas puras” —types o competencias—; las “sustancias formadas” —tokens o performances— y las “sustancias amorfas” en las que el plano del contenido y de la expresión se articulan.

Aunque el tratamiento que Samaja hará a partir de esta modelización de Hjelmslev se aleja en muchos aspectos de las especificaciones del original, le permiten ubicar y articular los componentes básicos de su modelo.

Conforme con lo cual, el Modelo Dialéctico del Signo, al igual que el Nonágono Semiótico —y más allá de las múltiples, y probablemente importantes, diferencias que los separan—, queda conformado por nueve cuadrantes; a los que se pueden atribuir las mismas propiedades que Guerri (2003) atribuye al Nonágono: en tanto “ícono diagramático” este esquema, da cuenta no de lugares sustanciales, sino de los lugares lógicos de un proceso semiótico.

En el siguiente esquema se presentan de modo muy general, los referidos componentes del modelo dialéctico del signo:

	PLANO DE LA EXPRESIÓN	FUNCIÓN DE SIGNO	PLANO DEL CONTENIDO
Act uación primaridad	SIGNIFICANTE	ACCIÓN INTERPRETANTE	SIGNIFICADO
Compet encia segundidad	PARADIGMAS Y SINTAGMAS DE SIGNIFICANTES	ACCIÓN LIBRE DEL INTÉRPRETE Sobre el sistema de posibilidades sintagmáticas/paradigmáticas	PARADIGMAS Y SINTAGMAS DE SIGNIFICADOS
Reproducción terceridad	TESORO DE EXPRESIONES S/CÓDIGOS DISPONIBLES Acervo de recursos	PRODUCCIÓN Y REPRODUCCIÓN DE LA COMUNIDAD DE INTÉRPRETES. Lógica operatoria de la totalidad	TESORO DE CONTENIDOS DISCURSIVOS Cultura y/o ideología

Resulta materialmente imposible desplegar aquí en detalle los componentes de cada uno de dichos cuadrantes. Nos limitaremos por lo tanto a indicar algunas nociones rectoras para su comprensión. De un modo general, postula que a los enfoques que tematizan los elementos de la estructura de superficie del signo —representamen/ objeto/ interpretante—, se les debe agregar por una parte, la articulación con una estructura profunda —competencia /performance/reproducción—, y por otra, con una dimensión epigenética. El supuesto que asume es que el proceso semiótico no puede ser concebido ni sólo como una sustancia ni sólo como un plexo de relaciones, sino también como un emergente de procesos históricos-evolutivos y reproductivos de distintos

planos de realidad, a los que definirá como «modos de ser narrativo», y, por ende, hermenéuticos y semióticos (Samaja 2006).

Conforme con estos presupuestos, al primer estrato del esquema lo define como la dimensión “*analítica del signo*” —o dimensión “*intra*”⁴— en tanto refiere a los elementos del signo tal como se manifiestan. El segundo estrato, alude a la “*dinámica del signo*” en tanto expresa el sistema de las relaciones entre los signos y sus transformaciones —dimensión “*inter*”—, mientras que el tercer estrato expresa la *génesis o epigénesis del signo*, concibiéndola como los procesos y movimientos constitutivos y reproductivos de la realidad que engendra y motiva la semiosis —dimensión “*trans*”.

Como se advierte, los estratos analíticos convergen con los *estratos categoriales del ser* conforme a las llamadas categorías cenopitagóricas de Peirce, aunque se evidencian algunas importantes reubicaciones en el tratamiento que les otorga Samaja —las que en principio se muestran más ajustadas a la tradición kantino-hegeliana. En particular las referidas a los estratos de la primeridad y la segundidad. Examinémoslo en el marco del ejemplo comentando por el propio Samaja:

[...] “el rojo del semáforo”, como unidad, no es en sí y por sí un signo, sino sólo como término en relación con “el verde y el amarillo, en el dominio de validez de una regla de tránsito” (= sistema). Dicho de otra manera, decir que “el rojo del semáforo” es un signo es creer que un signo es una sustancia. Es no advertir que un signo es otra cosa que una sustancia, y en primer lugar, ES UNA FORMA. No es un TÉRMINO, sino una RELACIÓN. Un SISTEMA”. [...] Dejamos entonces el estrato de la sustancia formada (“el rojo del semáforo”) y pasamos, entonces, a las formas puras o sistema, que son, pues, la segunda categoría o ser de segundidad (inter). ¿Qué son las formas puras? Son las relaciones entre el rojo / amarillo / verde, con prescindencia de los colores en sí mismos. Ya no importan los colores en sí, sino, sólo las relaciones (la estructura) (2006: 150).

De modo tal que la forma o el sistema de relaciones constituyen para Samaja “segundidad” —expresado en la jerga cenopitagórica. Mientras que el signo que se manifiesta —el “existente”, en términos de Magariños de Morentin, 1984⁵—, en este caso el “rojo” —o el verde o el amarillo—; constituye ser de primero, o “primeridad”.

Junto a estos dos primeros estratos agrega y considera un tercer estrato, que a nuestro juicio coincide plenamente con la concepción de tercero en Peirce, conforme con ella un signo no es —o no sólo es— una sustancia, ni un sistema de formas puras, sino también y especialmente un trans-sistema o totalidad real reproductiva desde el cual ese sistema emerge como *significativo*. Samaja definirá este estrato como *ámbito o dominio* de validez de una norma. Ninguna norma o regla vale en sí, si no es por referencia a una *comunidad* que la reconoce; o, de modo más preciso y profundo aún: los procesos reproductivos de dicha comunidad —es decir, ella misma— se realizan integrados o mediados por funciones semióticas:

⁴Los términos intra-inter-trans se utilizan aquí en la perspectiva en que los concibieron Jean Piaget y Rolando García (1982) para describir el proceso de pasaje de un nivel o estadio de inteligencia a otro —tanto a escala ontogenética como filo o sociogenética—: el proceso conduce de lo intra-objetal (análisis de los objetos) a lo inter-objetal —estudio de las relaciones y transformaciones— y de allí a lo trans-objetal —construcción de las estructuras.

⁵En la propuesta de Magariños de Morentin (1984: 195) se reemplaza la nomenclatura de Peirce de las tres categorías cenopitagóricas del signo —*Primeridad*, *Segundidad* y *Terceridad* (CP 1.417, 1896)— con *Forma*, *Existencia* y *Valor*. Como se advierte desde este marco —y sin duda en acuerdo con Peirce— “forma” es primero y “existente” es segundo.

Expresado a través del ejemplo, el signo no es ni sólo “el rojo del semáforo”, ni tampoco sólo “el código formal de los colores”, sino también y por sobre todo, la TOTALIDAD REAL CON HISTORIA conformada por la comunidad de los conductores y peatones que sostienen y reproducen cotidianamente esta regla al usar estos signos y reproducir sus logros en la resolución de los conflictos que en su momento pusieron en riesgo la existencia misma de la COMUNIDAD ANTECESORA, y que produjeron a la COMUNIDAD SUCESORA, conquistando así la UNIDAD DE LA COMUNIDAD COMO IDENTIDAD NARRATIVA (=histórica) (*op. cit.*, p.151, las mayúsculas son de J.S.).

En esta última cita se advierten en toda su plenitud y potencia, los aportes más importantes que introduce la perspectiva dialéctica. En primer lugar porque postula que la comprensión final de la estructura remite irremediamente a una génesis, y al proceso por el cual se constituye el objeto total que es el signo. El movimiento de la génesis se invierte en la estructura, por eso, las “oscuridades de la estructura” se iluminan rastreando el movimiento de la génesis⁶. Pero, además, esa historia formativa es operante y actual en la estructura, en su recurrente movimiento (*auto*)reproductivo. Lo que llegó a ser, resulta de una historia. Una historia en la que se disolvió «algo que antes era». Los conflictos —o dramáticas— que signaron ese proceso disolvente se saldaron en la reconfiguración de una nueva estructura/organización del orden real. Pero una vez conquistada la nueva organización, ella debe volver a ponerse cada vez, y en este ponerse, actualiza en alguna medida —siempre en parte enajenada— la historia de la que proviene.

Desde este marco se comprende también por qué razón y con qué fines, introduce Samaja la referencia a los conceptos de *performance* y *competencia* que adopta de Greimas (1990) —los que remiten en verdad a Chomsky⁷. En el estrato de la primeridad del signo ubica el campo de las **performances o actuaciones** semióticas —entendida como el “*hacer ser*” un cierto signo—; el segundo estrato de la segundidad del signo se asocia con las **competencias** —en el sentido del **ser del hacer** semiótico—; y, por último, en tercer lugar, el estrato de la terceridad corresponde a las comunidades o formaciones semióticas como totalidades/totalizantes, concebidas como el sistema de la praxis productora/reproductora del código⁸.

Conforme con ello, toda entidad auto-organizada —en el sentido que a este término dan los teóricos de sistemas—, está recurrentemente sometida a ciclos reproductivos. En estos ciclos se expone también recurrentes conflictividades/reconfiguraciones. Esta dialéctica de procesos productivos y ciclos reproductivos se constituye así en la base ontológica de toda semiosis. Por supuesto, éste adquiere particularidades muy distintas dependiendo de la entidad que se considere: no es lo mismo la semiosis que rige los ciclos del orden urbano y sus procesos regulares —y excepcionales— de reconfiguración y actualización; que las que signan los procesos bióticos, macrosociales o psicológicos. En cada dominio de experiencia se concretan específicas modalidades semióticas, porque ellas son emergentes y connaturales a cada modo o forma de esa praxis productivo-regulativa.

⁶ La dialéctica es el enfoque que demuestra que toda estructura remite a una génesis, y que toda génesis remata en una estructura. Que hay una relación de permanente intercambio o transformación entre el movimiento de estructura y el movimiento de génesis.

⁷ La dicotomía recuerda a la distinción entre *lengua* y *habla* de Saussure, como el mismo Chomsky (1965) lo reconoce.

⁸ En algunos de sus desarrollos Samaja vincula el concepto de “modo de producción/reproducción semiótica” con el de “modo de reproducción” de Marx, proveniente del campo de la Economía Política, en una dirección parcialmente afín a como también lo hace Eliseo Verón (1983).

En relación a este asunto, y para precisar esos “modos de producción semiótica” Samaja adoptó —y adaptó— el concepto de *macro-semióticas* de Greimás (1990), los que articuló de modo muy original y productivo con los *métodos para fijar creencias* descritos por Charles Peirce (1988) —en una línea por lo demás convergente con las tradiciones de la dialéctica hegeliana y en especial con desarrollos provenientes del materialismo histórico. Conforme con ello, identificó cuatro grandes dominios semióticos —en consonancia con los cuatro métodos descritos por Peirce—, a los que definió como *macro-semióticas del orden natural o del mundo-biótico*, *macro-semióticas del lenguaje natural o comunitario*; *macro-semiótica escritural o político-registral* y *macro-semiótica tecno-económica o de la sociedad civil*. El desarrollo y justificación de cada uno de estos dominios semióticos excede las posibilidades de este trabajo, alcanza sin embargo con señalar que, para cada una de ellas estipuló —o al menos avanzó en la estipulación de— específicos modos de funcionamiento semiótico. Sin por ello dejar de reconocer que, al momento de abordar una problemática particular —como las que reclama cualquier trabajo de investigación— estos componentes del signo deben ser estudiados y precisados para el objeto específico que se considere en cada caso.

Poco —o nada— nos hemos detenido en el análisis de los componentes que corresponde a las “columnas” del esquema del modelo. Como adelantamos, resulta prácticamente imposible abordar todo ello en el marco de este escrito. Podemos expresar simplemente entonces, a modo de aproximación preliminar que, como sus respectivas denominaciones lo indican, refieren por una parte a los elementos expresivos —o significantes— y de contenidos —o significados—, especificados en los tres estratos ya señalados: en sus aspectos o momentos estáticos o emergentes —por ejemplo, el elemento expresivo o de contenido tal como se manifiesta—; en sus momentos dinámicos, es decir, considerándolos en el marco de las posibilidades que surgen de sus relaciones sintagmáticas o paradigmáticas —como sistemas o estructuras— y en sus aspectos genéticos, es decir, por referencia a los procesos por los que se han ido consolidando determinadas potencialidades semióticas, como acervos o tesoros *expresivos* o *semánticos*. La columna central del diagrama, que corresponde a la *función de signo* expresa la perspectiva estrictamente “pragmática” del modelo. De alguna manera —aunque no lo expresa en esos términos— se puede reconocer allí la dimensión enunciativa en una acepción próxima a la de Benveniste (1974). La “acción interpretante”, se realiza sobre el fondo o presupuesto de posibilidades sintagmático-paradigmáticas, por eso ubica allí en el plano de segundidad, lo que llamará la *acción libre del intérprete*. Sin embargo, también en este caso, encuentra en el orden de la terceridad, lo que se podría definir en alguna medida como el equivalente —aunque por supuesto, no idéntico— al concepto de “aparato formal de la enunciación”.

Para ilustrarlo una vez más con el ejemplo del semáforo, quién puede actualizar el sentido “detenerse” a partir del significante /rojo/, lo hace comprendiendo, y comprendiéndose a sí mismo también, en la trama de relaciones sociales en que ese dispositivo material —el “semáforo”— cobra estatuto significativo. Se requiere para ello que sea competente para reconocerse como receptor de un mensaje, que remite al orden social como un todo —en este caso al sistema de las relaciones jurídico-sociales que regulan el tránsito—: no sólo “quién enuncia, a qué destinatario, el referido mensaje” —el «yo/tú» de la enunciación—, sino también, y especialmente, “en calidad de qué función social se enuncia, y en qué posición social ubica al destinatario del mensaje, y qué consecuencias práctico-sociales se siguen a partir del referido mensaje. Por lo demás, ser competente para participar en esa semiosis es independiente de la conducta efectiva que se siga —performance—: sea ésta la de detenerse o transgredir la

indicación señalada. Cualquiera sea ella, si la interpretación se produce, contribuye al proceso de producción y reproducción de lo que en el esquema llama *comunidad de intérpretes* —plano de tercero, en el modelo— y por lo tanto del todo social que se realiza a través de esos reconocimientos y competencias semióticas. Ello no significa, por otra parte, desconocer la *conflictividad inherente* a toda realidad auto-organizada. Como lo hemos señalado —y es un principio rector de la concepción dialéctica— los procesos reproductivos engendran también las condiciones de transformación —o incluso también, de disolución— de sí mismos. El retorno sobre sí es siempre potencialmente la bifurcación de sí. En esa lucha y en esa tensión, se realizan y desrealizan los distintos órdenes de la vida y de la sociedad.

Estas ideas quedan expresadas de alguna manera en la siguiente cita, que constituye también una apretada síntesis de los aspectos más importantes desarrollados aquí:

“...toda semiótica (objetiva) contiene una historia operante, aunque olvidada. Dicho de otra manera, toda semiótica, en tanto totalidad actual estructurada (= regulada), en algún momento del pasado se desarrolló como un proceso de génesis (de conflicto o desequilibrio) que desembocó en una alianza o estructura regulada que recayó en la inmediatez y borró las huellas de su génesis genuina, reemplazándola mediante una historia construida desde la estructura (es decir, una historia invertida), de modo que, como lo expresó Aristóteles: “lo primero en el orden del tiempo, se transforma en lo segundo en el orden de la lógica (de la estructura) (...)De lo anterior se desprende que...toda semiótica científica debe ser necesariamente una semiótica generativa porque su objeto mismo es un objeto generado, aunque actualmente su historia se encuentre oculta detrás de su estructura (Samaja, s/f.).

3. Una contextualización para finalizar.

El Modelo Dialéctico del Signo forma parte de los últimos trabajos de Samaja. Su versión más acabada se encuentra en el libro —aún inédito— “La semiótica de la Ciencia”. El modelo fue gestándose a lo largo de un sinnúmero de cursos que dictó sobre temas de semiótica, en los que lo presentaba como un operador/ordenador metodológico para los más diversos trabajos de investigación⁹. Por otra parte, encontraba en este modelo convergencias muy productivas con su concepción de las “matrices de datos” (Samaja 1993). La última parte del referido libro inédito, la dedica a explicitar esas correspondencias —las que por razones de espacio no fue posible precisar aquí. En esa dirección, se puede señalar para terminar que, pese a las muchas diferencias de supuestos, alcances, y fuentes que nutren a este Modelo del Signo y al Nonágono Semiótico, ambos comparten al menos, la vocación de constituirse en herramientas analíticas para el estudio de los más diversos fenómenos y objetos semióticos.

⁹Los cursos se dictaron en diversos centros académicos del país, durante un período de casi diez años, y estuvieron a cargo de los Prof. Juan Samaja y Roxana Ynoub.